

*H*UMANITAS 1999

ANUARIO DEL CENTRO DE
ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

26
✱

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA ALEXANDRINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO

DIOSES, ABEJAS Y TRIBUTOS EN EL MÉXICO ANTIGUO: PRESENCIA Y PERSISTENCIA DE ELEMENTOS DE RELIGIÓN PREHISPÁNICA

Lic. Jorge Sada Ortega
Investigador
Colegios de Historia y Sociología
Universidad Autónoma de Nuevo León

Advertencia

Más que un trabajo de investigación, el presente escrito pretende ser una propuesta en este sentido. La inquietud emerge de las notas marginales extraídas de una serie de lecturas que formaron parte de un estudio exploratorio acerca del papel desempeñado por la apicultura en la integración de la denominada región citrícola de Nuevo León¹ a la economía nacional e internacional.

La indagación bibliográfica de bases históricas sobre dicho fenómeno, en el contexto del país que de algún modo u otro nos condujo al terreno de la etnohistoria, en cierta medida se ve reflejada en este trabajo. Se han añadido otras glosas surgidas de lecturas complementarias, dando como resultado un cuadro más fragmentado del fenómeno, pero a la vez más amplio, lo que en un futuro podría conducirnos a entretener algunos cabos sueltos.

En la actualidad la miel de abeja es una mercancía que recorre enormes distancias para el consumo de millones de habitantes del orbe, en el México antiguo el tráfico de este producto fue también de vital importancia: además de su riqueza como complemento alimenticio, formaba parte de un universo social, político y religioso complejo y difícil de desentrañar. Si bien en forma somera, estos últimos puntos serán tratados en las siguientes líneas.

En virtud de que muchas de las investigaciones etnohistóricas sobre gran parte de Mesoamérica ponen especial énfasis en los sistemas agrícolas así como en las formas de trabajo y organización social asociadas con la agricultura², esperamos que con esta breve contribución se sienten algunas bases indagatorias complementarias referentes a la organización social del pasado indígena de México. Nos interesa particularmente mostrar cómo a través del culto a las abejas en diversos contextos indígenas del país, sobre todo en el área de influencia maya, se establece un puente que une a sus miembros con su pasado.

El vínculo con los elementos de la naturaleza aparece así como una constante en la religión de las antiguas culturas mesoamericanas. Y si bien estos nexos gradualmente se fueron perdiendo a partir del contacto español, a través de investigaciones etnográficas y etnológicas se han podido rescatar diversos remanentes de aquel pasado, mismos que actúan y en parte rigen la vida de diversos pueblos indígenas actuales. Las deidades no sólo están asociadas con el viento, la tierra, el agua y el fuego, sino con todos los seres vivientes y el cosmos, conformando así un círculo mítico-religioso cuyos componentes están estrechamente ligados entre sí.

El sincretismo religioso no es la única forma bajo la que se manifiestan los elementos de religión prehispánica. Al menos hasta hace algunas décadas, en algunos de los pueblos mesoamericanos con mayor raigambre indígena, todavía prevalecía abiertamente el culto a deidades pertenecientes a un pasado que yace cada vez más oculto. Este último, como iremos viendo, es el caso de las ceremonias del colmenar y las abejas, sobre todo en diversas poblaciones peninsulares.

Recolección, domesticación e intercambio: algunos indicios

Indagaciones etnohistóricas y arqueológicas realizadas en la zona central y el sureste mesoamericano registran indicios no únicamente de recolección melífera entre sus antiguos pobladores, sino también trabajos de cría de abejas con fines apícolas. Calabazas y troncos huecos, así como ollas, eran algunos de los implementos en los cuales, según descubrimientos que datan de 1518, primeramente en la isla de Cozumel y después en casi todo Yucatán, se efectuaban las tareas apícolas (Krickeberg, 1983, 326)³. De hecho, fray Diego de Landa (1997, 72-73) en los primeros años de la Conquista observó que los naturales de Yucatán realizaban dos tipos de recolección de miel: la que recogían de pequeños panales y la de abejas criadas en los montes, entre las concavidades de piedras y árboles.

Los apicultores peninsulares celebraban dos fiestas anuales que correspondían a sendas recolecciones de miel (Krickeberg)⁴. La importancia cultural y alimenticia de la miel de abeja en tiempos remotos también se manifestaba, entre otras cosas, en mitos y rituales en los que con frecuencia deidades y héroes legendarios eran asociados con dichos insectos.

La región maya, que comprende el sureste mexicano y allende la frontera con Belice y Guatemala, hasta Honduras, constituye quizás el principal bastión de hallazgos arqueológicos que han arrojado mayor luz acerca de la importancia de la apicultura en la organización social de los

pobladores mesoamericanos. En una de las obras de Eric Thompson (1982), se encuentra una serie de referencias sobre lo anterior, que si bien son aisladas y dispersas, podrían servir de pauta para desarrollar estudios más profundos enfocados no sólo al área de influencia maya, sino también a otros contextos mesoamericanos. Por ejemplo, Eric Wolf (1986, 67) se refiere en forma breve a la cría de abejas entre los pobladores de las tierras bajas (mayas peninsulares y totonacas del Golfo). Por lo demás, la miel formaba parte importante de la dieta de algunos pueblos mesoamericanos, la cual era consumida con maíz hecho masa y semillas de amaranto (Rojas, 1976).

La apicultura era una actividad poco practicada en los pueblos del valle de México, pero la miel, que tan ampliamente fue demandada en los principales centros urbanos de este territorio como parte de la dieta cotidiana de sus pobladores, amén del uso medicinal que se le daba, formó parte del botín arrancado a los pueblos conquistados mediante el mecanismo de la tributación (Krickeberg, 1985, 29, 178).

De acuerdo con las *Relaciones de Yucatán*,⁵ se sabe que los naturales del territorio que actualmente ocupan Chetumal y las inmediaciones del lago Bacalar, llevaban a México, Honduras y otros lugares, mantas de algodón, sal, cera y miel⁶. Es posible que estos dos últimos géneros también fueran objeto de tráfico comercial con las regiones altas del propio territorio maya: se trata de sitios fríos, a los cuales no se adaptaba la abeja silvestre sin aguijón de la América antigua (Thompson, 1982, 194)⁷. Por lo demás, el interés por los géneros de origen apícola radicaba en los múltiples usos que se les daba, como los de tipo ceremonial y religioso, entre otros.

Hacia fines de los años treinta de este siglo, en sus amplias investigaciones etnográficas en la península de Yucatán y su entorno fronterizo Robert Redfield encontró la persistencia de elementos rituales antiguos relacionados con abejas y colmenas incluyendo el consumo de *balché* en la villa de Chan Kom; elementos que paradójicamente no fueron detectados en las tribus de Tusik y X-Cacal, pertenecientes estas últimas a Quintana Roo y Belice, de manera respectiva (1944, 127-129)⁸. En las ceremonias subordinadas a los campos agrícolas y a las colmenas se afianza una obligación recíproca entre hombres y dioses. Escribió Redfield:

Siempre que un hombre toma lo que producen los campos o el colmenar, se siente con el deber de retribuir en forma apropiada a los dioses por lo que éstos les han concedido. Las ceremonias de los primeros frutos y los rituales llamados "comida de la milpa" y "comida de las colmenas" constituyen la

devolución formal a los dioses de lo que ellos han otorgado... Un hombre que escatima lo que debe a las deidades, está "regateando"; se resentirá su salud y se malograrán sus cosechas⁹.

Es decir, a través del uso religioso del *balché* se tiende un puente que une a la apicultura con el cultivo del maíz, aunque también con otras prácticas, las cuales tienen que ver con la alimentación. Veamos:

...el balché se usa en los ritos agrícolas para asperjarlo en la tierra hacia los cuatro puntos cardinales; para purificar, dándoselo a beber por el pico, a las aves que se sacrifican y para libarlo como parte final de las ceremonias (Barrera Vásquez y Rendón, 1972, 192-193).

Los ceremoniales vinculados con las abejas se han seguido manifestando en años más recientes. En un estudio monográfico que data de los setenta acerca de Yoy, una comunidad maya del sureste de Yucatán, Marie Odile Rivera observó que los apicultores del pueblo ejecutaban rituales asociados con el cuidado de las abejas en agradecimiento a los representantes de las divinidades que les proveen de miel (1976, 88-89).

Según Thompson (1984, 133), los antiguos mayas adoraban a cuatro dioses llamados *Bacab*, quienes sostenían al cielo en cada uno de los puntos cardinales para que no cayera sobre la tierra. Muy próximas a las observaciones de Redfield, Thompson registraba que todavía hasta la tercera década de este siglo se manifestaban vestigios del culto a esas deidades, asociándolas de manera muy particular con las abejas y los colmenares¹⁰:

De hecho, Hobnil, Bacab jefe, era el principal patrón de los apicultores, y su nombre es seguramente sincopa de hobonil, "de la colmena". Es posible que sean los mismos que Ah Muzencab, los dioses abejas de los mayas yucatecos actuales... (1982, 337).

Y de hecho, *Ah Muzencab* representa un papel determinante en la formación del mundo y en la aparición del hombre (Piña Chan, 1984, 114-115). Sin embargo, en la versión de Barrera Vásquez y Rendón de *El libro de los libros de Chilam Balam*, a dicho dios sólo se le identifica como "El que guarda la miel" (1972, 177).

Por su parte, Gonzalo Aguirre Beltrán sostiene que a las idolatrías de los indios vinculadas con las milpas y colmenares, que tanto inquietaron a la inquisición española, se sumaron con mucha facilidad los negros esclavos. Lo anterior se explica en razón de que:

La conversión de los negros a las religiones locales es fácil psicológicamente ya que, en gran medida, el cambio involucra la adición de sobrenaturales a un panteón poblado por deidades harto tolerantes que, a diferencia del Dios judeocristiano, no exigen el repudio de la creencia ancestral (1994, 147).

Con base en las descripciones de fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI acerca de las ceremonias religiosas de los naturales de la Nueva España, Fernando Benítez (1979) nos narra cómo la miel de abeja era consumida junto con los hongos alucinógenos como parte de los ritos de éxtasis; el dulce no sólo servía para sobrellevar el sabor amargo del vegetal, sino principalmente en razón de que al libar alcaloides potenciaba su efecto.

Por su parte, Ruz (1996, 103-104) da cuenta de cómo los huastecos y cakchiqueles efectuaban ritos tendientes a granjearse la benevolencia de los dioses cuando salían de caza o a buscar colmenas.

Tributación y despotismo

En el plano de lo económico (sin desligar este elemento, ni mucho menos, de la cuestión ceremonial y política), entre los géneros tributados por los pueblos sujetos a los gobiernos centrales se encontraban la cera y la miel de abeja¹¹. De este último producto los naturales elaboraban bebidas fermentadas para usos rituales y ceremoniales "paganos", como el *balché*¹², cuyo consumo pretendieron prohibir las autoridades españolas. No obstante la censura a los ceremoniales asociados al brebaje, después se reconsideraría sólo lo referente a su ingestión en virtud de las propiedades medicinales en él contenidas; de otro modo, según se observaría, eran mayores los riesgos de que se propagaran enfermedades y muertes masivas entre los naturales¹³.

Entre las extensas investigaciones de Raphael Girard sobre las antiguas culturas de América se encuentran algunas pistas no sólo acerca de la existencia de la bebida elaborada a base de miel fermentada en el pasado lejano de los mayas¹⁴, sino también acerca de su persistente consumo entre una de sus ramificaciones: los lacandones. Escribe Girard:

El balché, bebida compuesta de miel, era, y es todavía, entre los lacandones, una bebida sagrada destinada a usos rituales. El culto a las abejas y a la miel data de la época prehispánica, como puede apreciarse en el Códice Tro-cortesiano, que le dedica varias páginas... (1976, tomo I, 298).

Cabe suponer que tanto la cría de abejas como la recolección de miel y cera se efectuaban cíclicamente, de acuerdo con los complejos cómputos del tiempo característicos del calendario maya.

En la cultura zapoteca también se han encontrado vestigios de los géneros tributados por diversos pueblos a Monte Albán. Los registros arqueológicos muestran que algunos sitios sujetos al poder central eran de particular interés en virtud de ciertas especializaciones desarrolladas por sus habitantes. Inscripciones en varios de los montículos evidencian la virtual existencia de un lugar de abejas en el que sus pobladores debían tributar cera y miel (Piña Chan, 1993, 99-101). La apicultura y/o recolección de miel y cera sería una de las actividades orientadas a satisfacer la codicia no sólo de los principales jefes y caciques mesoamericanos, sino también la de los dioses, que en última instancia eran el sustento de su poder (Carmack, 1976).

Los nuevos amos

Dada la gran variedad de abejas de las que se tuvieron noticias en vastas extensiones territoriales de Yucatán, Chetumal y Cozumel, los excedentes de miel y cera fueron los principales géneros de intercambio comercial, sobre todo con las regiones altas. En los primeros años de la Conquista de lo que sería la provincia de Yucatán, la cera y la miel fueron los principales productos tributados por los naturales a los encomenderos (Quezada, 1990, 201; Ruz, 1996, 88).

No obstante la difusión que en territorio novohispano tuvo el cultivo de la caña de azúcar introducido por los españoles, según se evidencia con el establecimiento de haciendas cañeras (muchas de ellas de considerable extensión), todo parece indicar que la apicultura continuó practicándose a pesar de que el azúcar y el piloncillo habían substituido en los principales usos a la miel de abeja. Incluso, el gran auge alcanzado por la caña de azúcar en Morelos durante la Colonia no impediría el desarrollo comercial e industrial de la cera de abeja entre los siglos XVI y XVIII, sobre todo en virtud de la demanda para el culto ordinario de la iglesia: la fabricación de velas y

*escamadas*¹⁵ de artesanía pasó a ser una industria especializada en la que se ocupaban trabajadores de tiempo completo¹⁶.

Hacia el año de 1766, Juan Antonio Valera y Francisco de Corres, comisionados para efectuar visitas de inspección a la provincia de Yucatán informan, entre otras cosas, de cómo la extracción de cera de abeja se convirtió en una industria venida a menos, lo que no obsta para que fuera identificada, junto con la miel, como uno de los géneros de mayor potencial en el comercio con España y otras naciones (1976, 208-209, 242-243). Veamos:

El tercer renglón más considerable en esta provincia es la cera, que fabrica la abeja yucateca, mansa y sin aguijón, con bastante abundancia. La miel es de diferentes calidades. La de Xtabentún por su cristalina claridad, delicado gusto y suave olor, puede ser delicia de los príncipes. Los colmenares vendrán a ser cuantos se quieran tener, y sin aquellas costas y cuidadosas precauciones que necesitan los de Europa...¹⁷

Si bien la miel y la cera siguieron formando parte del sistema comercial de la Colonia, aún queda por dilucidar no sólo cuán importantes fueron dichos géneros (además del aludido caso de la provincia de Yucatán) en la economía de distintas regiones, sino también establecer los circuitos de producción en los principales ámbitos geográficos de la Nueva España, así como su tráfico no sólo en el interior de sus provincias sino más allá de sus fronteras. Aunque existen al respecto amplios vacíos informativos en el campo de la historia económica colonial, algunos hilos podrían conducirnos a establecer nexos en este sentido.

A raíz de la consolidación del orden colonial, la cera de abeja fue substituida en cierta medida por el sebo y la candelilla, sobre todo en la manufactura de bujías. No obstante lo anterior, muchos ornamentos principalmente de tipo religioso siguieron elaborándose con el producto apícola, mismo que se ha seguido usando en las ofrendas y ceremonias consagradas a los santos patronos de numerosos pueblos mexicanos, y en general, en los altares católicos como una de las manifestaciones de sincretismo religioso.

Aunque en el sureste el *balché* fue una de las principales bebidas "espirituosas" que los naturales siguieron empleando aún después del arribo español al igual que el pulque, el aguardiente obtenido mediante la destilación de la melaza de la caña de azúcar fue una industria controlada por españoles y

criollos que sólo parcialmente las desplazaría, sumándose a la lista de bebidas alcohólicas consumidas en algunos festejos del calendario católico. Por lo demás, estos últimos asumirían un contenido autóctono, principalmente entre los pueblos indígenas, lo cual no sólo pretende ser ignorado y rechazado por los representantes del clero desde la época colonial, sino incluso se intenta que dichas expresiones colectivas desaparezcan.

Comentario final

El hecho de que entre los mayas precoloniales y, como observaron Redfield y Rivera, la creencia todavía en tiempos más recientes en un dios específico de las abejas así como cultos asociados a él, cobran particular relevancia. Como ya se ha sugerido, estos insectos eran parte de un orden natural y cosmogónico vinculado no únicamente con la producción melífera, sino también con la fecundidad de las plantas, y por ende, con un elemento tan vital como la lluvia¹⁸. Y si ha sobrevivido el culto a las abejas junto con otros elementos de la naturaleza, ello se ha debido a la conjugación sincrética con la que se adapta el catolicismo con el conjunto de creencias autóctonas ancestrales, como nos lo refiere el propio Redfield al analizar el significado tan profundo que tuvieron las festividades de los santos patronos en pueblos y barrios de distintos lugares del sureste mexicano¹⁹.

Por lo demás, tanto los preparativos del *balché* como la extracción de la miel de colmena, que a través de diversas fuentes han sido descritos, convergen en los ritos y ceremonias que testimonian la presencia de un pasado religioso autóctono hasta hace relativamente poco tiempo, en donde a su vez, se ratifica la creencia en dioses abejas. El culto religioso asociado con las actividades apícolas se mantuvo casi intacto desde los tiempos precoloniales. Dicho de otro modo: los ritos relacionados con la apicultura entre algunas comunidades mayas siguieron siendo, hasta hace relativamente poco tiempo, uno de los canales de expresión más directos con el pasado de sus pobladores, ya que en el culto de las colmenas no intervinieron los misioneros católicos, a diferencia de lo que ocurrió con respecto a las prácticas y creencias sobre la muerte, asunto en el que estos últimos incidieron enérgicamente (Redfield²⁰).

Sin embargo, en la actualidad existen elementos perturbadores de cultura más profundos que tienden a sepultar a las antiguas deidades: no es sólo el hecho en sí mismo representado por la penetración de valores culturales provenientes de una sociedad más amplia²¹, sino también de valores y símbolos religiosos cristianos no católicos que, a diferencia de los católicos, han sido más radicalmente opuestos e intolerantes con respecto a los de la vida local. Más en lo concreto, nos referimos a las tareas de evangelización

llevadas a cabo por grupos protestantes que han penetrado con éxito en diversas comunidades indígenas, poniendo en entredicho incluso una de las prácticas que suelen ser de mayor raigambre, como el culto a los santos patronos, culto en donde convergen los creyentes, sean indios o mestizos, —como nos lo refiere Redfield en el caso del pueblo yucateco de Chan Kom²². Por lo demás, en los pueblos en donde las celebraciones a los santos patronos dan rienda suelta a manifestaciones consideradas por el clero católico oficial como paganas, este último ha tratado de abolirlas.

Por otra parte, el hecho comprobado de que la presencia de abejas facilita la fecundación en diversas actividades agrícolas, abre la posibilidad de que existiera una apicultura asociada con algunos de los principales cultivos prehispánicos, como el maíz, calabaza y frijol, y más adelante, con los cultivos procedentes del continente europeo.

Con el establecimiento de las primeras plantaciones de caña de azúcar en la Nueva España, los principales endulzantes de bebidas y alimentos, como el aguamiel del maguey y la miel de abeja, fueron parcialmente relegados durante la Colonia²³. Sin embargo, no sólo en forma de tributo a los nuevos amos se siguió manifestando la actividad apícola entre nuestros antepasados, sino también en el arte culinario autóctono que, todavía en la actualidad, se desarrolla en numerosos poblados tanto indígenas como mestizos. Los ornamentos elaborados a base de cera de abeja ofrendados a los muertos y a los santos patronos, son también una muestra de cómo la apicultura ha seguido desempeñando un papel importante en la vida social y religiosa de esos pueblos.

Pese al auge de las haciendas azucareras en el valle de Morelos y en otros territorios novohispanos, entre ellos el propio estado de Yucatán, el hecho de que la miel y la cera de abeja continuaran formando parte del circuito tributario durante el periodo colonial respondía en gran medida a las necesidades comerciales no sólo de la metrópoli, sino también del mercado interno de la Nueva España y de sus economías regionales, estas últimas cada vez más controladas por las élites criollas.

Notas bibliográficas

¹ Compuesta por los municipios de Santiago, Allende, Cadereyta, Montemorelos, Linares, General Terán y Hualahuis, esta zona geográfica es considerada la de mayor potencial agropecuario en Nuevo León, no sólo por la importante producción de naranja, sino también en lo ganadero y apícola, rubros que generan divisas del exterior para la economía de estos municipios y de la entidad.

² Varios de los textos aquí citados son en este sentido, no obstante que sus autores ofrecen importantes datos de referencia acerca de nuestros escrutinios específicos.

³ Es ampliamente extendido el uso de técnicas apícolas muy parecidas a las aquí citadas, que si bien en muchos lugares de México aún se emplean, en la medida en que los productores se han ido integrando a los grandes mercados de la miel, están siendo reemplazadas por una apicultura más moderna. Según registros etnológicos de hace varias décadas, para captar miel, los boro y menimehe sudamericanos colocaban troncos huecos en sitios estratégicos (Forde, 1966, 158). El propio Forde observó el uso de estas técnicas entre los masai del África Oriental (1966, 322). Ollas de barro, troncos huecos y otros implementos conforman así nichos en los que establecen *hábitats* artificiales para las abejas. Por otra parte, la domesticación de abejas en el pasado lejano de Mesoamérica y muy particularmente en el área de influencia maya, sugiere cómo las necesidades de miel y cera fueron en aumento, situación que podría ratificarse en virtud de la importancia que estos géneros fueron tomando para efectos de tributación e intercambio.

⁴ *Op. cit.*, p. 326

⁵ Citadas por Thompson (1982, 164).

⁶ En sus *Cartas de relación* Hernán Cortés describe la intensa actividad mercantil de Tenochtitlan, en donde se encontraba una rica variedad de géneros, como miel y cera de abeja. Más bien pareciera que los mexicas no eran tanto productores como acopiadores de estos últimos artículos (1975, 62-63). En los años treinta del siglo XVI, fray Bartolomé de las Casas advierte la presencia de cera de abeja en la isla de Cuba, siendo que, al decir de él, nunca antes la hubo en ese sitio. De las Casas conjetura que lo anterior fue debido tal vez a un contacto accidental o premeditado con naturales de Yucatán, en donde existía abundancia de abejas y vegetación (1981, 245-246).

⁷ Este hecho sugiere la generalidad de una división territorial del trabajo con base en los mecanismos de tributación impuestos por los imperios mesoamericanos a los pueblos sujetos. Aguirre Beltrán esboza interesantes líneas indagatorias a este respecto (1991, 123).

⁸ Lo paradójico radica en el hecho de que, de acuerdo con los informes de Redfield, Tusik y X-Cacal son sociedades culturalmente más tradicionales que Chan Kom.

⁹ *Ibid.*, 149.

¹⁰ Otra de las deidades de suma importancia en la antigua religión maya es *Chac*, dios de la lluvia, en cuyo honor se celebraban ceremonias después de la siembra del maíz. De igual modo, a *Chac* se le asociaba con el ya mencionado dios *Hobnil*, patrón de los criadores de abejas y cultivadores de cacao (Blom y La Farge, 1986, 183-184). De alguna manera, este vínculo también se manifiesta con el ofrecimiento de *balché* a los dioses en la ceremonia de la lluvia (Redfield, *op. cit.*: 155).

¹¹ Sobre este particular, Teresa Rojas (*op. cit.*) hace algunas referencias no muy nutridas acerca de los territorios de dominación mexicana. La Huasteca fue una de las más importantes zonas

tributarias no sólo de miel y cera, sino también de otros géneros, como sal, aves y plumas (Ochoa, 1996, 248). Según el *Códice Mendocino*, en la zona del Río Balsas había cinco distritos que tributaban miel a los aztecas: Tlachco, Tepequacuico, Tlacoauhtitlan, Quiauhtepan y Yohualtepec (Kobayashi, 1993, 32).

¹² En realidad, *balché* es el nombre autóctono de un árbol. La corteza del tronco se tritura para mezclarla con agua y miel de abeja, poniendo la mezcla a fermentar. Sobre el particular, véase Barrera Vásquez y Rendón (1972, 192-193).

¹³ *Ibidem*, 229.

¹⁴ Según Krickeberg (1983, 326), el *balché* también era consumido por los naturales de Tabasco. Pero si cabe destacar una particularidad importante con respecto al *balché* de los mayas peninsulares, ésta consiste en los rituales y creencias relacionados con su preparación: "La preparación es siempre hecha por el *Ahmen* y nunca por profanos; sólo usa de la miel de la melipoma y de agua 'virgen' (*suhuy*), recogida de cenotes secretos. Para el maya, agua virgen es aquella que no ha sido vista por mujer. Cuando falta algún cenote secreto, el *Ahmen* recurre a los pozos comunes, pero el líquido ha de ser extraído en la madrugada, antes de que las mujeres inicien su cotidiana ocupación de extraerlo" (Barrera Vásquez y Rendón, 1972, 192). Se cree incluso, que si la corteza sagrada es tocada por mujer, ésta perece (Soustelle, 1969, 50). El halo purificador que se da en torno a la preparación del *balché* se explicaría con base en una de las observaciones de Redfield, quien repara en elementos de sincretismo religioso que se establecen mediante el patronazgo de santos sobre ciertos animales, y que con respecto a las abejas trataríase de la *Virgen* (Redfield, 1944, 175).

¹⁵ "...eran flores coloridas y barrocas hechas de cera, elemento local tradicional para decorar las capillas en las festividades religiosas" (De la Peña, 1980, 59).

¹⁶ De la Peña, *op. cit.*

¹⁷ *Ibid.* 242.

¹⁸ La presencia de abejas en un determinado *hábitat* facilita la polinización de la flora. En virtud de esta característica, es común que la moderna apicultura se desarrolle en plantaciones frutales e incluso de hortalizas. Así, tanto apicultor como agricultor se benefician mutuamente. Por lo demás, el *hábitat* selvático, característico de vastos territorios del área de influencia maya, permitió el auge y desarrollo de la apicultura desde los lejanos tiempos, actividad que en la actualidad es de gran relevancia para la economía yucateca.

¹⁹ En estas celebraciones, la bebida de corteza con miel (*balché*) es uno de los vehículos más importantes en diferentes rituales que, al menos hasta antes de los años treinta, cuando Redfield realizó su estudio, tenían mayor significación que en ese entonces (Redfield, *op. cit.* 324-361).

²⁰ *Op. cit.*, 172.

²¹ La miel de abeja es en Yucatán y en otros estados del sureste uno de los productos naturales más explotados en virtud de su amplia demanda en los mercados nacionales e internacionales. Esta situación, que se ha venido presentando desde hace varias décadas, indudablemente ha impactado la economía de las diferentes comunidades rurales de esa región del país, las cuales se han integrado en la esfera de la producción y mercado de la miel controlada por unas cuantas empresas e intermediarios.

²² *Op. cit.*, 294.

²³ Se calcula que fue hacia 1522 cuando en la región de la huasteca veracruzana se introdujo por primera vez a Mesoamérica la caña de azúcar (Ruvalcaba Mercado, 1991, 128).

Bibliografía

Aguirre Beltrán, Gonzalo, «Formas de gobierno indígena», en *Obra antropológica IV*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

«El negro esclavo en Nueva España», en *Obra antropológica XVI*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

Barrera Vásquez, Alfredo y Rendón, Silvia, *El libro de los libros de Chilam Balam*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

Benítez, Fernando, *Los hongos alucinantes*, Era, México, 1979.

Blom, Franz y La Farge, Oliver, *Tribus y templos*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1986.

Carmack, Robert M., «La estratificación quicheana prehispánica», en Carrasco, Pedro y Broda, Johanna, *et. al.*, *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, Sep-Inah, México, 1976.

Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Porrúa, México, 1976.

De Landa, Fray Diego, *Los mayas de Yucatán*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

De la Peña, Guillermo, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, Ediciones de la Casa Chata, México, 1980.

De las Casas, Fray Bartolomé, *Historia de las Indias I*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Forde, C. Daryll, *Hábitat, economía y sociedad*, Oikostau, España, 1966.

Girard, Raphael, *Historia de las civilizaciones antiguas de América I*, Ediciones Istmo, España, 1976.

Kobayashi, Munehiro, «El abastecimiento de alimentos en México Teochtitlan: un análisis del Padrón de tributos de Moctezuma», en Kobayashi, Munehiro, *Tres estudios sobre el sistema tributario de los mexicas*, Ciesas, México, 1993.

Krickeberg, Walter, *Etnología de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Las antiguas culturas mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Ochoa, Lorenzo, «El orden social, político y económico de la costa del Golfo al momento del contacto», en Cervantes, Mayán (coordinador), *Mesoamérica y Los Andes*, Sep-Ciesas, México, 1996.

Piña Chan, Román, *Chichén Itzá. La ciudad de los brujos del agua*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

El lenguaje de las piedras, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Quezada, Sergio, «La presencia española en la agricultura maya, Siglo XVI», en Rojas Rabiela, Teresa (coordinadora), *Agricultura indígena: pasado y presente*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ediciones de la Casa Chata, México, 1990.

Redfield, Robert, *Yucatán. Una cultura de transición*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

Rivera, Marie-Odile, *Una comunidad maya en Yucatán*, Sepsetentas, México, 1975.

Rojas Rabiela, Teresa, *Las siembras de ayer. La agricultura indígena del siglo XVI*, Sep-Ciesas, México, 1988.

Ruvalcaba Mercado, Jesús, *Tecnología y trabajo familiar. Una etnografía de la Huasteca veracruzana*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ediciones de la Casa Chata, México, 1991.

Ruz, Mario Humberto, *De lazos, flechas, trampas y cerbatanas. La caza en los vocabularios coloniales mayas*, en Cervantes, Mayán (coordinador), citado.

Soustelle, Jacques, *Los cuatro soles. Origen y ocaso de las culturas*, Guadarrama, Madrid, 1969.

Thompson, Eric, *Historia y religión de los mayas*, Siglo XXI editores, México, 1984.

Valera, Juan Antonio y De Corres, Francisco, «Discurso sobre la constitución de las provincias de Yucatán y Campeche (1766)», en Florescano, Enrique y Gil Sánchez, Isabel (compiladores), *Descripciones económicas regionales de Nueva España: provincias del Centro, Sudeste y Sur, 1766-1827*, Sep-Inah, México, 1976.

Wolf, Eric, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, Era, México, 1986.